

LIBRO CUARTO

Desde la apertura del noviciado en Parma con autorizacion de Pío VI hasta el restablecimiento de la Compañía en el reino de las Dos Sicilias por Pío VII.

1798 — 1804

La historia del V. P. José Pignatelli en el periodo que acabamos de exponer en los dos libros precedentes, es la de toda la Compañía y de cada uno de sus individuos en particular; y se reduce á referir las gravísimas persecuciones que sufrió de parte de los enemigos de la Iglesia y de la sociedad, y las alternativas de esperanzas de pronto restablecimiento y de amarguísimos desengaños.

De aquí que la gigantesca figura de nuestro Venerable, apenas se destaca de la de sus heroicos compañeros, por cuya muchedumbre y por la variedad é importancia misma de los acontecimientos que se refieren, se ve en cierto modo ahogada y confundida. Hase visto, no obstante, al P. Pignatelli no solamente descollar por sus dotes singulares entre los que le rodeaban, sino tambien cumplir su providencial mision de ser amparo y defensa de sus hermanos en las continuas vejaciones con que fueron afligidos.

De aquí en adelante la historia de la Compañía hasta poco ántes de su total restablecimiento, está, por decirlo así, como sintetizada en la persona del V. P. Pignatelli. Cuando el volcan

revolucionario en su primera erupcion hace temblar á Europa, derriba tronos seculares, conmueve los cimientos mismos de la sociedad, despierta con sus sordos mugidos á los que dormían, y con su luz fatídica muestra á sus ojos la falsa paz que se habían prometido de la abolicion de la Compañía; allá en el retiro de un pequeño estado de Italia el P. Pignatelli, oculto á las miradas del escudriñador más sagaz, reúne y labra las primeras piedras del nuevo edificio que se propone construir, y echa los sólidos fundamentos sobre que debe estribar.

Allí, con un celo comparable al de los primeros fundadores de la Compañía, transmite á una generacion nueva, y hace revivir en los restos de la antigua, el genuino espíritu que de su santo Padre heredó, y que había conservado puro y vigoroso durante los veinte y cinco años de forzosa secularizacion.

De él se puede asegurar, que al aparecer en Parma, se alegró como gigante para correr su carrera; pues segun el testimonio de un testigo ocular, el P. José Chantre, presentóse allí el P. Pignatelli «con tal fervor de espíritu,..... como que quería hacerse un santo:» argumento irrefragable de que jamás, aun en el tiempo en que tuvo que vivir secularizado, aflojó un punto en el cuidado de crecer en espíritu, llegando hasta hacerse «muy semejante á su santo Padre, el fundador de la Compañía.»

CAPÍTULO I

El P. Pignatelli en el convictorio de San Roque. — Ocúpase en los ministerios con los prójimos. — Ejemplos de virtud y celo que da. — Sus conocimientos literarios y científicos. — Afabilidad y mansedumbre con los demás. — Pío VI en Parma. — Santa entereza del P. José con el duque D. Fernando. — Paccanari en Parma. — Pide su agregacion y de los suyos á la Compañía. — Se le niega. — Paccanari y los Padres de la Fe. — Dificultades que se oponen al establecimiento del noviciado. — Muerte de Pío VI. — La mision de Colorno. — El P. Pignatelli designado maestro de novicios. — Su entrada en Colorno. — Su celo con los pobres, enfermos y encarcelados. — Trata de fundar un hospital.

1798 — 1799

En tres ciudades del ducado tenían casa ó colegio los jesuitas, cuando el P. Pignatelli, después de su viaje á Florencia, pasó á juntarse con sus hermanos para fijar definitivamente su residencia en Parma. La casa única de ministerios que existía en esta ciudad, era el convictorio de San Roque, y á él fue destinado el Siervo de Dios. «Las ocupaciones de los Padres de San Roque, en donde residía el P. Pignatelli, eran,» como atestigua Fernando Robuschi¹, «asistir al confesonario, enseñar el catecismo, hacer los domingos pláticas á la juventud, y promover el

¹ *Process. Parm.*, fol. 140.

bien con las congregaciones.» Y del P. Pignatelli asegura el mismo¹, que «se ocupaba en particular en oír confesiones» en la iglesia del convictorio.

Desde el primer día que entró en San Roque, «apareció revestido de un nuevo espíritu, ó por decirlo mejor, animado del espíritu de su vocacion, que siempre había conservado vivo en su pecho².» Acerca de esto mucho habría que decir, si al principio se hubiese puesto en sus actos la advertencia que se puso más tarde. Consérvase con todo una carta de un testigo de vista, que en pocas palabras da una idea bastante cabal de la santa vida del Siervo de Dios en aquellos principios. Escribióla un noble eclesiástico, el marqués D. Mateo Ordoño de Rosales, al Padre Mozzi, desde Milan, el día 2 de Agosto de 1812.

Dicé así³: «Muchos meses he vivido en Parma en el colegio de San Roque, donde residía el P. Pignatelli. No recordaré los actos de aquella religiosa piedad, que eran comunes á todos los que se gloriaban de seguir su primer instituto, ora en el predicar y en el asistir á las congregaciones, ora en el visitar los hospitales y oír las confesiones de los moribundos. Pero nunca podré olvidar cuanto de extraordinario me parecía descubrir en la persona del P. Pignatelli.»

«Vile muchas veces en oracion en la iglesia pública y en la capilla privada; y si no temiese demasiada presuncion de mí mismo en atribuirme un conocimiento, que apenas puede encontrarse en el que posee la experiencia práctica de la perfeccion cristiana, aseguraría sin reparo que se me presentaba absorto en la contemplacion de las cosas celestiales. Estaba siempre arrodillado en el desnudo suelo, sin apoyo alguno, los ojos casi inmóviles y fijos en el altar donde estaba el Santísimo Sacramento, los brazos ya extendidos, ya cruzados sobre el pecho, manifestando en su semblante los interiores afectos de su cora-

¹ *Process. Parm.*, fol. 136.

² P. MONZON, *Vida*, Lib. II, Cap. 1.

³ *Id.*, *ibid.*

zon abrasado, sin distraerse por cualquier objeto exterior que se le pusiera delante.....»

«El sacerdote que hacía de sacristan me confesó que le tenía en opinion de santo, y que casi siempre le veía en la iglesia por muchas horas con una devocion del todo singular y que se aproximaba al éxtasis; y esto tanto, que le movía á veneracion cuando le veía orando, y á amor cuando con él conversaba. Era afable y cortés en su trato, humilde en sus palabras, tranquilo y paciente en escuchar á los demás: resplandecía la moderacion y la prudencia en sus consejos, la ciencia y la doctrina en la resolucion de las dudas en materias teológicas, y en las controversias que yo mismo expresamente promovía.»

«Como era el señalado para hacer el catecismo en las plazas públicas de la ciudad, veíase rodeado de un inmenso concurso de pueblo, que se apiñaba para escucharle; y mi criado, que fue muchas veces oyente suyo, me hablaba de él con grande elogio..... Estoy persuadido que no sentirán de otra manera que yo cuantos hayan conocido en Parma al P. Pignatelli, en donde era muy comun el concepto de su santidad.» Todo esto es de aquel piadoso é ilustrado sacerdote.

He aquí retratado por mano maestra el espíritu del P. José en los principios de su residencia en Parma. Explicando un poco más lo que tan en breve atestigua el mencionado sacerdote, diremos que «el Siervo de Dios era uno de los más eruditos entre los Padres españoles, tanto en las bellas letras, como en las lenguas sabias, especialmente en la griega y hebrea.» Así afirma el P. Vicente Pavani¹ habérselo oído decir al P. Luis Fortis y á otros Padres.

Era además «hombre versado en la teología, historia eclesiástica, sagrada Escritura, lenguas modernas, como la francesa é inglesa².» El Sr. Obispo de Parma, Diosdado Turchi, alababa en el P. Pignatelli lo vasto de sus conocimientos en la teología

¹ *Process. Rom.*, fol. 711.

² *Ibid.*, fol. 750.

moral¹. Respecto de esta ciencia «recomendaba el Siervo de Dios el estudio del entonces Venerable Monseñor Liguori²,» y en la actualidad San Alfonso María de Liguori.

Por lo que toca á los sistemas teológicos, refiere D. Tito Cecconi³, «haberle oído hablar más de una vez del sistema del P. Molina, del cual mostraba tener aprecio; mas siempre añadía,» dice, «esta observacion: Considerad los tiempos en que escribió aquel sabio teólogo. Entonces habían prevalecido las doctrinas de Calvino acerca de la predestinacion. Era voluntad del Santo Padre Ignacio, que algun teólogo buscara un sistema, que aterrase menos á los fieles, y juntamente conservara sin mengua ninguna la doctrina católica. Á esto parece haber satisfecho el P. Molina con la ciencia de los condicionales que reconoce en Dios. Advertid sin embargo, que el misterio siempre permanece; mas siguiendo aquella doctrina, el hombre queda más tranquilo y consolado.» Hasta aquí el Sr. Cecconi.

El espíritu de benignidad y de dulzura era el cebo con que el P. Pignatelli atraía á sí los corazones de cuantos le trataban. Jamás se le oyó prorrumpir en un acto de cólera ni con los domésticos ni con los extraños. Todo era mansedumbre y afabilidad; y así en lo próspero como en lo adverso conservaba inalterable la hilaridad del rostro, la compostura en las palabras, y la apacibilidad en todo su exterior.

Con los pecadores señaladamente mostró entrañas de caridad más que paternas. Acogíalos con expresiones de sincerísimo afecto, y manejando prudentemente sus llagas cancerosas, las curaba con oportuna unción de aceite y vino, esto es, de celo y mansedumbre. Eran no pocos en aquellos días, aun después del anatematizado sínodo de Pistoia⁴, los que propendían al rigor jansenístico, con funestísimos efectos para las almas, que,

¹ *Process. Rom.*, fol. 750.

² *Ibid.*, fol. 766.

³ *Ibid.*, fol. 768.

⁴ Lo fue por Pío VI en 28 de Agosto de 1794.

tratadas con dureza por ministros sin discrecion, se alejaban de los sacramentos y obstinábanse en los vicios. Procuró, pues, el P. Pignatelli oponerse á estas opiniones y doctrinas, y auxilió con avisos y dinero á varios autores para que escribiesen y publicasen su confutacion; y por su parte se captaba la confianza y el amor de los pecadores y enternecía sus endurecidos pechos con la discrecion, suavidad y dulzura.

Manifestóle en cierta ocasion el P. Luis Mozzi los temores y angustias que pasaba para dar la absolucion á los penitentes, de cuyas disposiciones no tenía toda la certeza que habría deseado; y el Siervo de Dios le respondió de esta manera: «Yo soy de parecer, que Dios, habiendo confiado la administracion del Sacramento de la penitencia á los hombres y no á los ángeles, lo ha establecido para la salud de aquellos: y así hago lo que está de mi parte para disponer bien á contrición á los penitentes; y luégo, levantando al cielo los ojos, «Señor,» digo, «yo he hecho por la salvacion de esta alma lo que he podido: á Vos toca hacer lo demás:» y así les doy la absolucion: y os aseguro que más de una vez he visto la mano de Dios en su conversion mientras los estaba absolviendo.»

Era muy enemigo de medir ó restringir la obra de la divina gracia segun el bajo y corto juicio del hombre; por lo cual tenía alto y sublime concepto de la misericordia de Dios, y no podía tolerar que se afirmase como cosa cierta que la mayor parte de los cristianos no se salva. «Dios,» decía, «tiene medios infinitos, y para nosotros ocultos, con que convertir á una alma, aunque sea á los últimos de la vida: ¿porqué, pues, le hemos de quitar la gloria que le resulta de hacer muchísimas veces uso de ellos, para que triunfe su misericordia? ¿Hará Dios en esto cosa mayor que la que hizo cuando se encarnó y cuando murió en una cruz para redimir y salvar al hombre?»

Continuaba el P. Pignatelli trabajando en el ducado, y principalmente en la ciudad, de Parma, en donde se atraía los corazones de cuantos le trataban: y era el mismo infante D. Fernando el que mayores pruebas de amistad y confianza le prodi-

gaba, comunicando con él las cosas más íntimas de su espíritu con la misma sencillez que un hijo con su padre. Lo mismo sucedía con otras personas de la principal nobleza y de mucha representación; con las cuales, aunque siempre se mostraba cariñoso, cortés y afable; pero en el hablar era muy contenido y parco; y medía cada palabra con la norma de la razón y verdad, mayormente cuando respondía á dudas, ó daba consejos, ó emitía su juicio sobre cualquier asunto.

No admitía falsas preocupaciones, ni se dejaba gobernar por afectos particulares ó respetos humanos. Por muy nobles, elevadas é influyentes que fueran las personas con quienes trataba, jamás se intimidó, cuando la gloria de Dios exigía de él intrepidez y franqueza para decir la verdad; y solía repetir á menudo que él no conocía aquella torpe política, llamada prudencia, que siempre se atiene á los partidos medios con daño y mengua de la verdad y de la justicia.

Bien lo demostró una vez con el mismo duque D. Fernando. No contento Bonaparte con haber arrojado á Pío VI de Roma, determinó sacarle de Italia y confinarle á Valencia de Francia. En su viaje desde Florencia á aquella ciudad, emprendido el primero de Abril de 1799, pasó el Pontífice por Parma, en donde cayó gravemente enfermo. Dio orden á pesar de esto el capitán Mongen de que al momento saliese de allí el Papa en dirección á Turin, anunciando al duque que era preciso prestara su auxilio á aquella orden; pues de lo contrario el ejército de la República ocuparía á Parma y á Plasencia, y las trataría como á país enemigo.

Aterrado con aquella amenaza el duque, y mucho más que él el marqués Ventura, su ministro, dieron prisa al Sumo Pontífice para que saliese pronto de Parma; y en efecto se puso luego en camino para Turin, á donde llegó el 22 del mismo mes de Abril, escoltándole doce soldados parmesanos, que tuvo que aprestar el duque.

En cuanto supo todo esto el Siervo de Dios, sintiólo vivamente. Lo que hizo con D. Fernando, dejemos que lo refiera

Monseñor Pedro Baldassarri en su memoria de las adversidades y padecimientos de Pío VI. «Lo que el gobierno de Parma,» dice, «había hecho para conseguir que Pío VI saliese de allí, y el haber suministrado al comisario francés una escolta que sirviese como de alguaciles para custodiar al Vicario de Jesucristo, fueron cosas muy mal vistas y sumamente afeadas por personas muy respetables, las que hubieran deseado que el príncipe y sus ministros en aquella ocasión se hubiesen conservado meramente pasivos.»

«Un venerable Siervo de Dios, José María Pignatelli, celeberrimo en los fastos de los Jesuitas por la fama de su santidad, no temió presentarse al Duque, y echarle en rostro blandamente lo mal que el gobierno de Parma se había conducido con el Papa: y excusándose el Duque con decir que los franceses amenazaban que ocuparían sus dominios, y que Dios sabe los males que de allí hubieran sobrevenido; el P. Pignatelli respondió al momento: «Sepa Vuestra Alteza, que tambien los judíos recurrieron á este argumento, cuando deliberaban sobre el partido á que atenerse con respecto á Cristo. «Vendrán, decían ellos, los romanos, y nos arrebatarán el territorio y á sus habitantes.» Pero permitame Vuestra Alteza le recuerde lo que sobre estas palabras de aquella gente nota San Agustín, cuando dice: «Temieron perder su reino temporal, no tuvieron en cuenta la vida eterna, y así perdieron ambas cosas'.»

Hasta aquí dicho autor. El duque no solo recibió con humildad el aviso, sino que dio gracias al Siervo de Dios por la santa entereza y libertad con que se lo había dado; y deshaciéndose en lágrimas, confesó su yerro en haberse dejado arrastrar de un temor excesivo.

Acompañaba al Soberano Pontífice, como dijimos, el jesuíta Monseñor Marotti: «y el P. Pignatelli aprovechó la ocasión de su paso por Parma para hacerle una visita, y le entregó

¹ *Temporalia perdere timuerunt, et vitam æternam non cogitaverunt, ac sic utrumque amiserunt.* (S. Aug., Tractat. 49 in Joannem).